



REVISTA TAURINA ILUSTRADA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN	NÚMEROS ATRASADOS
25 números ordinarios...	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre. Ptas. 2,50	Ordinario... Ptas. 0,25
25 » extraordinarios...	» 5	PROVINCIAS: » » 3	Extraordinario... » 0,50
		EXTRANJERO: año... » 15	

La correspondencia se dirige al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. — § — A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

Curiosidades de antaño.

IV

TENGO para mí — y cuenta que esta es una apreciación pura y exclusivamente mía, de la cual no pretendo que participe nadie — que el factor más odioso á veces, y á veces más repugnante de las corridas de toros, es esa parte de público que arroja objetos á los lidiadores, sea cualesquiera los motivos en que pudiera fundarse semejante barbaridad.

Se comprende, en rigor, que la indignación producida por la presencia de un toro mal trazado y manso por añadidura, traiga consigo un estallido de rabia en el público, y que éste lance al redondel todo cuanto encuentre á mano, máxime cuando los Presidentes que ahora se estilan, estimulan, con su ignorancia crasísima ó con condescendencias mal fundadas, los formidables desplantes de los zulúes, que nunca faltan en las Plazas de Toros.

Pero que á un torero indefenso, tanto de á caballo como de á pie, se le disparen desde los tendidos naranjas, botellas, cazuelas, panes enteros y otros proyectiles de comer, beber y arder, es un acto que no tiene nombre y que subleva el ánimo de cualquier espectador imparcial.

El hecho no es muy frecuente en Madrid — por más que cuando aquí se tocan esas castañuelas, se tocan primorosamente — pero ocurre con dolorosa frecuencia en provincias.

Recientemente ha habido en Burgos un ejemplo que merece los honores de una mención especial.

Salió un toro, el último de una corrida de Veragua, que al público soberano le pareció detestable. Pidió, por lo tanto, á voces, que el bicho fuese retirado al corral; y como en tales casos el Presidente se hace casi siempre un lio y acaba, con sus vacilaciones y torpezas, por echar pólvora al fuego, sucedió lo de siempre: la ira se trasladó de la garganta á las manos, y comenzó á caer sobre el redondel una lluvia de proyectiles.

Los matadores — eran dos — con objeto de calmar la borrasca, cogieron banderillas y se dispusieron á clavárselas al toro; pero los zulúes son gentes que no se dan á partido cuando se les mete una atrocidad en la cabeza, por lo cual, lejos de ceder, arrojó el pedrisco, y uno de los objetos lanzados á la arena fué á chocar contra la pierna de uno de los espadas.

Su compañero volvióse inmediatamente y vió, según dicen, á la persona que desde el tendido había arrojado el proyectil. Entonces, ni corto ni perezoso se abalanzó hacia el agresor, y teniendo las banderillas en la mano, tomó el olivo, subió al lugar de la acción y propinó al caballero zulú tan soberbia paliza, que

diz le quedaron señales producidas por las muertes de los palos.

Aquí surge una cuestión. ¿Hizo bien el matador mencionado en sacudir al zulú? Opto resueltamente por la afirmativa. No se me hable de la ley, porque no hay ley que mande á un torero inclinarse humildemente ante una agresión brutal, tanto más, cuanto que la Presidencia — ya lo he dicho antes — sobre ser ineficaz para evitar esos actos de salvajismo, suele servirles de acicate.

De suerte que aquí hay que mirar el asunto desde un punto de vista puramente humano, caso en el cual no cabe discusión. Desde el momento en que un torero cualquiera agredido *personal y materialmente* por un espectador, se dirige á éste y toma la venganza por su mano, ¿habrá álguien que se atreva á censurarle? Por mi parte declaro que no.

¡Algo más dignos de censura, y aun deberían serlo de castigo, son los diestros que se permiten protestar con ciertos gestos y mohines contra las manifestaciones de desagrado del público! Nadie, sin embargo, les dice nada, ni hay autoridad que les recuerde que jamás debe faltarse al público cuando éste muestra su disgusto de un modo lícito y ajustado á derecho.

¿Qué mucho entonces que al encontrarse esos diestros con los zulúes de provincias que cometen en la Plaza todo linaje de excesos, contesten al insulto con el insulto, y se permitan cascarlos *ad libitum*, si á mano viene?

Observo que me he extendido demasiado sobre estos desplantes de hogaño, y me va á quedar poco lugar para ocuparme de los de antaño.

También los había, y muy gordos, con la diferencia de que entonces los toreros tenían la sangre menos ardiente ó mucho mayor comedimiento ante los *humos* que dejaron su simiente en los Circos taurinos.

Puede ser también que en otras épocas — y aquella á que voy á referirme no está muy lejana que digamos — la consideración social de que disfrutaba la gente de coleta fuera mucho más liviana que ahora, y mayor, sin duda alguna, el respeto con que miraban al público y el temor que les imponía la autoridad.

Sea de ello lo que quiera, el hecho es que en la corrida de toros verificada en el Puerto de Santa María el 24 de Junio de 1853, se corrieron ocho toros de la ganadería de Anastasio Martín, que fueron estoqueados por Julián Casas (el Salamanquino), Ezpeleta y Manuel Domínguez, que había vuelto recientemente de la América del Sur.

Los toros de Martín fueron muy medianos y mostraron, en el último tercio sobre todo, tan malas condiciones, que el periódico del Puerto del cual tomo estas noticias, pregunta si habían sido ya lidiados en el campo.

Nada de particular ocurrió en la lidia del primer toro, que murió bajo la segur (!) de Casas, de un magnífico volapié «en la misma cruz del pelo, que lo echó á rodar, tomándolo de largo». Paso de banderillas debe de llamarse esta figura.

Salió el segundo cornúpeto, que fué blanducho, y tomó seis puyazos; lo parearon el Cuco y Quintín, y salió á matarlo el anciano Ezpeleta, un torero obeso, torpe y de escasísimos recursos. Después de haber pinchado al toro una vez en hueso, estaba el matador dispuesto á segundar el golpe; cuando se le arrancó el animal, lo enganchó y lo tifo al suelo.

Acudieron al quite varios capotes y se llevaron á Ezpeleta á la enfermería, donde se le reconoció y halló un varetazo. Entonces, como era natural, y por orden misma de la Presidencia, empuñó Julián Casas acero y trapo y se dirigió hacia las tablas, que era donde el animalito se hallaba aculado y desafiando.

¡Pero aquí fué Troya! Un hijo del matador herido, que se hallaba en un tendido entre los espectadores, Ignacio Ezpeleta, banderillero cesante por el momento, se arrojó á la arena, se encaró con el Salamanquino y quiso apoderarse á viva fuerza de la muleta y la espada que tenía Julián, á lo cual se negó éste con energía.

Entonces dividióse el público en dos bandos: las personas sensatas que querían que matara Julián Casas, y los zulúes que deseaban lo hiciera Ezpeleta.

Oigan ustedes ahora al periódico del Puerto de Santa María:

«De los gritos se pasó á las obras, y hubo por el aire, en dirección de Casas, que continuaba intentando matar al toro, alcarrazas, botellas, cántaros, pedazos de tablas, bastones, y por haber, hubo hasta una espuer-ta de valientes camarones.

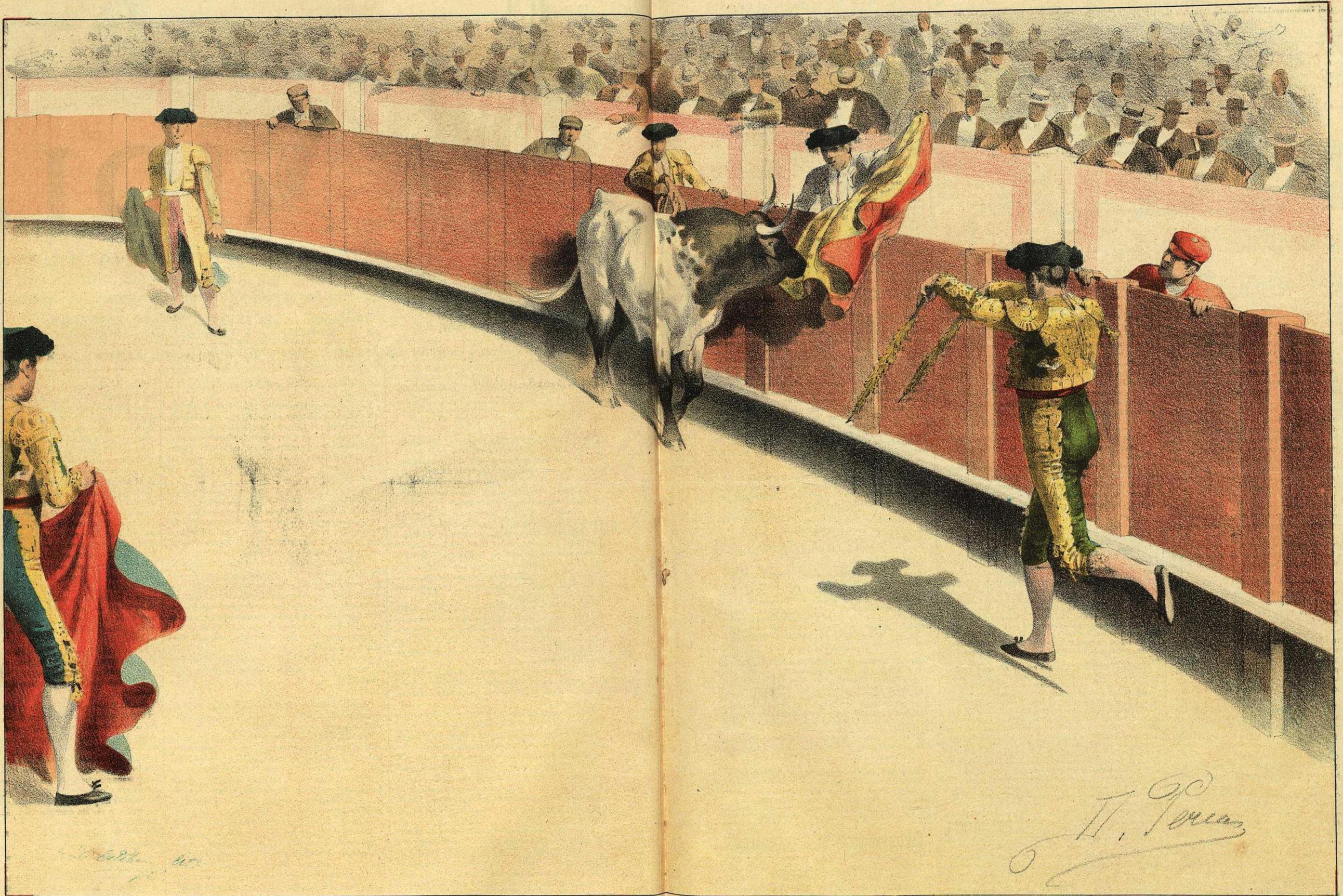
»En medio de tamaña barahunda, seguía Casas trasteando al bicho, hasta que recibió en un hombro un alcarrazazo mayúsculo, que lastimándolo, le obligó á refugiarse á los medios, por lo que, pasando algunos instantes, y no pudiendo llegarse á las tablas, en donde estaba la res sin quererse desviar, el presidente mandó sacar la media luna.

»Entonces, indignado el diestro, se fué al toro y lo mató como pudo.»

¿Comentarios? ¿Para qué? Lo único que conviene advertir es que Julián Casas tenía un carácter de todos los demonios; era un quisquilloso de marca mayor, un verdadero tufillos, con quien, por cierto, estuvo á punto de tener un disgusto muy serio el antiguo é inteligente aficionado, hoy difunto, D. José María Carmona, porque éste que dirigía entonces *El boletín de loterías y de toros*, donde hice yo — dicho sea de paso — mis primeras armas como revistero de toros, se permitió censurar un trabajo del Salamanquino.

Los toreros de entonces — hay que decirlo — jamás

LA LIDIA



se atrevían á encararse con el público. Fuera de la Plaza procedían como les venía en gana; pero en el redondel nunca se permitían desplantes de ningún género, cuando el público demostrábase su desagrado en forma admitida.

El grandé, el incomparable Frascuelo, á quien las silbas y los insultos encanecieron prematuramente la cabeza, tal era el rigor verdaderamente salvaje con que le trataban sus encarnizados enemigos, ¡esos enemigos que hoy ponen en las nubes á Salvador! no levantó jamás la vista del suelo, é hizo alarde de una corrección tan admirable, que hoy, al recordar ciertas cosas y relatar otras, no puedo menos de nombrar al coloso.

Pero aquello pasó para nunca más volver.

DON JERÓNIMO

DOS CARTAS

No me da vergüenza declararlo. La persona que suscribe la primera de las dos cartas que copio á continuación, está unida á mí por estrechos lazos de parentesco.

No hace falta declarar quién escribe la segunda; la escribe el mayor amigo que tengo, la persona que más me quiere en el mundo. ¿Necesitan ustedes más pelos y señales?

No.

Mil gracias por el engorro que su perspicacia me quita, y ahí van las cartas arriba apuntadas.

«Querido primo. A ti acudo en mi carta para que me ayudes con tu buen consejo.

Si no me amparas con él, ó si su aplicación no diere resultado, mi divorcio sería inminente.

No sufrí una temporada de toros como la anterior. Mariquita me ha salido... no sé lo que me ha salido.

Iré explicándome como Dios me dé á entender, porque no tengo la cabeza para nada.

Toda la culpa no es de Mariquita; yo tengo una gran parte de ella; me refiero á la culpa, porque en cuanto á Mariquita, aún la tengo toda, y Dios quiera que me dure.

Yo he fomentado su afición á la fiesta nacional. Mariquita aborrece los pitones; en su vida había visto una corrida formal. Yo la aboné hace dos años á una delantera de andanada, pegada naturalmente á la mía, y la inicié en los misterios del arte, sin pensar, por supuesto, que el desarrollo de la afición á la lidia tomara tan alarmantes proporciones.

El primer año de abono, en la primera temporada, aún volvía la cara cuando el matador entraba á matar desde corto y por derecho.

Si había cogida, aunque fuera sin consecuencias, lanzaba un grito de horror, y se tapaba los ojos con el abanico, siempre que algún jamelgo resultaba *despanzurado*.

Cuando los picadores desafiaban á los toros con coraje y buena gana, decía Mariquita: «¡Jesús qué empeño; si el pobre toro no quiere pelea; que lo dejen estar!»

Y exhalaba un suspiro de satisfacción al ver que el piquero abandonaba la suerte, después de haber hecho cuanto estaba de su parte por consumarla.

Fogatear un toro era para ella una delicia, porque las banderillas de fuego suponen que el cornúpeto no se ha metido con los caballos.

Echar un toro al corral era otra de sus alegrías; una exposición menos para el matador.

Las broncas en los tendidos la ponían mala, mortal, hasta el punto de que más de una vez fué á la Plaza provista de un frasquito de ether.

Al rodar por la arena el último toro, la frase de Mariquita era la siguiente: «Gracias á Dios que se ha acabado esto.» Durante la corrida no pude conseguir que tomara jamás ni un emparedado ni una mala caña de Montilla, que es el vino de mi predilección. Yo llevo siempre á la Plaza algo que rumiar y unas *gotitas* de lo bueno.

¡Inocente de mí!

Más prediqué á Mariquita para que se metiera en la afición, que ha predicado Castelar en favor del Presupuesto de la paz.

Mis predicaciones han dado un resultado que el gran tribuno no ha podido conseguir.

Como el caballero de marras cedió al encanto de la elocuencia de D. Comeguncio, cedió Mariquita al de la mía y ¡oh dolor! Mariquita es fanática por la lidia de reses bravas, como dice un aficionado antiguo.

Mi mujer el año pasado ya no se tapaba los ojos con el abanico, ni volvía la cara á la hora de matar; llamaba tumbón al picador que no desafiaba al toro como Dios manda, y más de una tarde se comió seis emparedados, rociándolos con seis cañas *mal contadas*. Se ríe si la gente se pega en los tendidos.

Se permitió ponerse flores en el pelo, y me habló de la necesidad de una mantilla blanca para la corrida de Beneficencia.

Yo estaba, al oírlo, que no cabía en mí.

¡Qué triunfo, qué triunfo el de mi elocuencia!

Durante el último invierno, empecé á arrepentirme de mis predicaciones, porque la afición de Mariquita al espectáculo nacional, adquiría un desarrollo pavoroso y *espeluznante*.

En su album, los diplomáticos, los cantantes, los grandes actores, todas aquellas eminencias de las que tenía tarjetas, fotografías, habían sido sustituidos por retratos de nuestros toreros.

Sólo había dejado á Sagasta al lado de el Guerra. Al preguntarle por qué, me dijo: «Porque son las dos grandes celebridades de la muleta.

¡Valiente mano izquierda la de estos caballeros! En las tapias del comedor tampoco ví nuestros cromos de bodegones.

En cambio pude admirar seis magníficos carteles de toros, con ilustraciones de *Portabella* y otros.

A la criada, que se llama Francisca, una asturiana robusta y de buena sangre, la llamaba Curra.

Y á mí... á mí me llamó en más de una ocasión *Manoliyo*.

Y estaba *loca perdiendo* buscándome mote.

¿Para qué he de negar que todo esto me hacía gracia?

Hemos llegado á la primera temporada de 1896. Diez años de vida daría yo de buen grado por recoger la *propaganda hecha*, y volver al estado que tenía el matrimonio hace media docena de años.

Asústate, primo del alma.

Días antes del primero de Pascua, me dijo mi mujer: «No pienses en sacar nuestro abono. Ya estamos abonados, y á delantera de grada. Mira, y me enseñó los *talones*» Los de la contaduría, por supuesto.

— ¡Un pico menos!

— Y el año que viene — si esto sigue — nos bajaremos á las barreras.

Yo la escuchaba atónito.

Para la corrida de inauguración ha estrenado vestido de raso azul y mantilla blanca; habla de hacerse uno de color de rosa para la fiesta de Beneficencia.

Me ha puesto mote. Me llama *Lengueta*, sin duda porque hablo mucho; y al sermón á comer, después de la corrida de inauguración ya citada, dije yo sirviéndome la sopa: «¡Qué mala *corridal*!»

— Muy mala — contestó Mariquita. — «¡Ni siquiera ha habido hule!

Quedéme estupefacto.

¿Qué debo hacer para que me envíe á correo vuelto á tu desconsolado primo

MANUEL.

Como era lógico, le contesté del modo que sigue: Tú lo quisiste, fraile mostén, tú lo quisiste, tú te lo ten.

Lo primero que debe uno hacer al sembrar ideas y aficiones, es medir el desarrollo que puedan tener y sus consecuencias. Si no consigues que Maruja recoja velas... *¡págate un tiro*, porque tu no creeras curar el mal con retirarte de la política, digo, de la afición.

RAFAEL M.^a LIERN

Notas sueltas.

Otra corrida con los antiguos niños sevillanos Fasco y Minuto (hoy Minuto y Falco), y ganado del indispensable, inagotable e *impepinable* Sr. Duque de Veragua (continúa sin recuperar todavía la *excelencia* perdida), nos ofreció el eminente *ambo andaluz*, al que con la mayor galantería del mundo le estamos permitiendo que nos *tome el pelo*, para dar de lado, de la mejor manera posible, la fiesta dominical de 2 del corriente, y no hay como estirar mucho un asunto cualquiera, para que termine pronto de dar juego y canse á los señores.

Fiesta más insípida que la que resultó ese día por parte de los dos elementos principales que entraron en su composición, difícilmente se encuentra. Los toros del Duque siguieron las estupendas tradiciones de las corridas jugadas anteriormente; es decir, que en sus cinco sextas partes fueron mansos, en lamentable estado sanitario, con derrengaduras, tumores, anemias y amputaciones bastantes para colocarlos en situación imposible para la lidia; pero como aquí ya hemos convenido en aceptar todo lo que nos presenten, el mejor día nos sueltan, bajo la sacramental frase de *deshecho de lenta y cerrado*, un cabestro putrefacto, y nos le tragamos tapándonos las narices. Sólo el quinto toro se acordó algo de que había tenido antecesores *diznos*, y se presentó con cierta decencia en indumentaria y comportamiento. En los demás, los había de tal catadura y pelaje, que casi estamos tentados á creer que sólo tenían de Veragua la divisa bajo que los escudaban.

¡Como que las cuadrillas iban á suplir con su trabajo las deficiencias del ganado! ¡Y siendo tarde, y viniendo al otro día Cartagena! Cogió Minuto los trastos, y aprovechando la circunstancia de que el tercero estaba bajo la presión de un *reuma* formidable, le pasó de cerca y adornándose mucho, entrando á matar con fe, pero agarrando hueso, en lo alto. Sacó el mismo matador el estoque, y volvió á entrar á volapié, clavando una buena estocada, y en seguida comenzó el aderezo de la faena, sacando de nuevo el estoque, rascando el hocico, colocándose de espaldas entre los cuernos, dando su correspondiente patadita y por fin descabellando á pulso. La cosa verdaderamente resultó muy animada y muy alegre, y tan del agrado del público, que tributó una entusiasta ovación al pequeño y bullicioso diestro.

Y pare usted de contar. En el resto de la tarde, no se vió más que muchos pinchazos en hueso, algunas estocadas atravesadas y cuatro golletazos de esos que si no parten el cora-

zón al toro, se lo parten á los espectadores. Los banderillos mal; los picadores mal; la Plaza un lío; los servicios detestables, y los madrileños tontos de remate, llenando el Circo con una candidez digna de mejor causa. Y continuamos empezando á las cinco, sin duda con el laudable propósito de que la noche se eche encima y guardarnos algún torito, para *repetirlo*. ¡Ah, pródigos!...

El Martes 4 del actual falleció casi repentinamente en Sevilla, nuestro excelente y respetable amigo el escribano de actuaciones del Juzgado de la Magdalena, Sr. D. Manuel Martínez Reina.

Aficionado inteligentísimo y entusiasta de la fiesta taurina, era la distracción que le absorbía por completo y á la que dedicaba todos sus esfuerzos é iniciativas. Prestó su valioso apoyo á muchos diestros que hoy figuran; formó parte de cuantas sociedades y reuniones tenían por base el espectáculo nacional, y reunió un magnífico museo taurómico, en el que son de primera marza las colecciones de fotografías, carteles y periódicos profesionales.

Sensibles desgracias de familia afectaron en estos últimos tiempos profundamente á nuestro cariñoso amigo, cuya salud ha venido resintiéndose rápidamente hasta el fatal desenlace que lamentamos.

¡Que Dios le haya acogido en su seno, y dé á su infortunada y virtuosa viuda D.^a Angeles Sevilla, así como á su distinguida familia, la resignación suficiente para soportar tan inmensa pena, á la cual con toda sinceridad nos asociamos!

Los Sres. D. Francisco Bocos y D. Victor de Castro, actuales dueños de la ganadería brava que fué de D. Millán Presencio, procedente de la de Baso del Portillo, se nos quejan, y con muchísima razón, de las inexactitudes que contienen algunos telegramas taurinos que se remiten á la prensa, sin tener en cuenta que pueden lastimar intereses respetables.

Dichos señores se refieren á un telegrama inserto en *El Imparcial*, y en el que se consignaba que los toros de su propiedad, lidiados el día de Santiago en Valladolid por Lagartija y el Marinero, habían sido medianos, cuando según la opinión de personas inteligentes á quienes hemos oído, y las reseñas de varios periódicos locales que tenemos á la vista, resultaron de inmejorable trapío, bravos para el primer tercio, como lo prueba el haber matado 12 caballos en Plaza y cinco que se apuntillaron en los corrales y buenos para la lidia, á pesar del barullo que reinó en el redondel, después que el primer espada Lagartija tuvo que retirarse á la enfermería, herido en la mano derecha y en un muslo.

Como pudiera haber ánimo preconcebido de perjudicar á los referidos ganaderos, y encontramos justo que cada uno quede en su lugar, hacemos con gusto esta rectificación, lamentando de paso la abundancia de esos corresponsales interesados que constituyen una verdadera plaga del toreo.

En las corridas de feria que se verificarán en Badajoz el 15 y 16 del corriente, se lidiarán reses de los ganaderos sevillanos Sres. Cámara é Ibarra respectivamente, por las cuadrillas de Lagartijillo y Vilita.

DON CÁNDIDO

PUBLICACIONES

Gran Diccionario taurino, por J. Sánchez de Neira.— R. Velasco, editor, Madrid.

Se han repartido los cuadernos 3.^o y 4.^o de la notable obra de nuestro querido compañero, en los que termina la letra A, abraza completa la B y da principio la C, con un considerable número de voces, á la mayoría de las cuales acompañan magníficos dibujos y fotografías que complementan la bondad del texto, contenido en excelente papel y clara impresión.

Toreros, toreritos y torerazos, por M. Serrano García Vao.— Imprenta de *El Enano*, Madrid.

El inteligente redactor de *El Enano* ha rendido en un elegante tomito de 202 páginas, igual número de semblanzas de individualidades relacionadas con el toreo, hechas en décimas fáciles y correctas, y muchas de ellas acompañadas de sus correspondientes fotogramas. Los puntos de observación están bien tomados, y á pesar de la repetición del verso, se leen con gusto.

El autor justifica su seudónimo de *Dulzuras*, tratando con ella á cuantos figuran en su colección.

Colección Diamante, Antonio López, editor, Barcelona. Los últimos tomos publicados, 43 y 44, conteniendo *Cuentos vascongados*, por Francisca Sarasate de Mena, y *Diálogos y artículos* por Francisco Pi y Margall, son tan notables y están tan esmeradamente presentados, como los anteriores de la ya variada y popular biblioteca barcelonesa.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIAN PALACIOS

CALLE DEL ARENAL, 27.— MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arrenal, 27.— Madrid.